

El último poema, «Ningún ruido, ningún silencio», produce la sensación relajante de haber salido de un universo de gritos a una ensenada de calma. Pero a la vez, esa calma es expresiva de todo el universo interior, en donde la enumeración de lo negativo deja su persistencia. La sensación de que el puerto es la nada, tras un viaje cuajado de tormentos, no puede ser más desoladora. Parece como si la misma respuesta a lo anterior hubiese quedado muda y la voz de protesta careciera de fuerzas para continuarse:

... *ningún ruido, ningún signo,
ninguna voz, ningún silencio,
busco el grito en mi corazón,
lo estoy buscando en vano.*

El conjunto del libro, nacido del dolor, impresiona por su capacidad constante de pasar de un grito a otro, sin dar respiro al lector en la acumulación de todo el patetismo inserto en cada poema. Quien lee estas páginas se siente atravesado por una múltiple proliferación de agujas que le incomodan, le pinchan, hasta la exacerbación de sus nervios. No se trata de una lectura cómoda (ninguna exaltación lo es), pero su incomodidad sí es vivificante porque va acompañada del prestigio del dolor, al que se unen los méritos de una remarcable capacidad expresiva.

Su construcción épica, su innegable talento innovador, el trabajo estilístico y el esfuerzo morfosintáctico que se perciben en *Los círculos del infierno* bastarían para considerarlo un libro de resonancias personalísimas en el panorama de la lírica más actual. Pero su auténtico mérito, a mi modo de ver, consiste en historizar una experiencia interna con la validez de convertirla en la biografía de los sentimientos más acuciantes del siglo xx. Haber sabido enfrentarse a este caos colectivo desde la experiencia del sufrimiento personal es lo que me permite considerar justa la calificación de estos textos como «poesía heroica».

EL ABEDUL EN LLAMAS

La crítica ha visto con acierto que la primera etapa de la producción lírica de Justo Jorge Padrón se culminaba en *Los círculos del infierno*. Este libro, junto a *Los oscuros fuegos* y *Mar de la noche*, forma una trilogía interpretativa del dolor y de las muchas sabidurías que conlleva. Pero si *Los oscuros fuegos*, como señalamos al principio del trabajo, era un libro donde la esperanza, el amor y la memoria de la felicidad convivían con sus contrapartidas experienciales, *Mar de la noche* angostaba ese camino sumergiéndolo en lo que venimos llamando impulsos

destructores. Lo patético y lo desgarrado se sobreponían a partir de entonces hasta llegar a un clima existencial y agónico, que se expresaba en *Los círculos del infierno*.

Los círculos del infierno entroncaban en buena ley con una línea tremendista de la poesía española. Y razón tiene Luis Jiménez Martos cuando, a niveles asociativos, lo relaciona con la poesía de Dámaso Alonso (Luis Jiménez Martos, *Estafeta Literaria*, 15 abril 1976, pág. 2435). Pero esta asociación debe ser interpretada en los límites de su condición temática, porque los aspectos de interpretación textual hacen de *Los círculos del infierno* un libro ampliamente renovador del sentido de lo agónicamente obsesivo.

Esta trilogía iba a convertirse con *Los círculos del infierno* en un tormento luciferino, desgarrado y dantesco, que llegado a su clímax torturante quedaba, como dijo Vicente Aleixandre, «grandioso, concluso y sin salida».

El abedul en llamas recupera la zona emergente, luminosa y solar de la poesía de Justo Jorge Padrón. Se cierran las derivaciones reiterativas a que hubiera llevado una continuación de la línea autodestructiva para darnos una fórmula de sensibilidad, que nos retraiga a la belleza natural de la que hace acopio el poeta.

El entorno de significaciones e interpretaciones de *El abedul en llamas* puede generalizarse en una valoración nueva del placer de vivir. Los sentimientos estimativos de la belleza, del paisaje y del propio yo vuelven a hacer presencia reavivando su existencia inicial, perdida tras *Mar de la noche*.

El abedul en llamas es un libro cálido y sereno. Su punto de partida es un lenguaje sencillo, que trata de concatenar con precisión las palabras y los acontecimientos, remitiéndonos a una poesía limpia, translúcida, que recoge el legado lírico de los autores más prestigiosos de la generación del 27.

Diremos, para empezar, que *El abedul en llamas* se inicia con un prólogo de Luis Rosales, en donde escueta y decididamente se sientan las bases de una concepción global del libro. Rosales dice: «Este poema es un ser vivo..., todos sus versos surgen de modo necesario y están íntimamente relacionados. Son las ramas de un árbol. No aspiran a la perfección, sino a la plenitud». Nada podrá decir este crítico que supere las espléndidas palabras de Luis Rosales. La tarea será más bien encontrar la medida ejemplificadora que nos confirma estas frases.

Y ejemplos hallaremos no pocos. El libro habla, en su primera parte, del fuego, el aire y la tierra. Pero un poema concreto, titulado «El agua», nos lleva a la consideración inmediata de Luis Rosales: «todos sus versos surgen de modo necesario», puesto que la palabra de Justo Jorge

Padrón se hace con *El abedul en llamas* definitivamente precisa. El poema citado empieza así: «es que la oigo crecer en surtidores». No se dice qué se oye porque es *innecesario*. Nada raro hasta aquí, pues la elisión es propia hasta de los poetas menos inteligentes—y hay elididos que prueban en sí mismos falta de inteligencia—; pero la cosa adquiere otro carácter cuando a lo largo de la totalidad del texto para nada se insiste en el vocablo agua, sino a través de metáforas e imágenes que la convierten sucesivamente en «una prisa blanca», unas «alas transparentes», un «alegre sonar de lo inmutable», una «calmada sed» y un «cuerpo de espuma».

Si, como afirmaba Rilke, ser poeta es odiar lo impreciso, la clave de estos versos radicará en la precisión. Justo Jorge ha acendrado lo mejor de su poesía sin relieves enfáticos para ceñirse más plenamente al tema. El poema «Amanecer» nos ilustra sobre algo muy querido del poeta: la función de la luz, y es en su parte intermedia, sobre todo, un modelo de síntesis:

*Oleaje radiante
alzado por la brisa.*

*Matinal nacimiento
del color en lo azul.*

*Como entre un espejismo
el aire se ilumina.*

*Zafiro. Perspectiva
perfecta de lo puro*

*en el aura del sol.
Sueño. Obsesión desnuda.*

La luz, «la mirada de lo que existe», como la llama el poeta, queda aquí reflejada, puesto que todas las palabras nos remiten a un punto de color. Lo puro, lo desnudo, lo perfecto: he ahí la definición en su objetividad precisa.

Los poemas más hermosos de *El abedul en llamas* se sitúan, a mi modo de ver, en la amplia zona central de la primera parte. Todos ellos están sellados por ese mismo lacre de calidades sólidas: «Un instante del bosque», «El aire ensimismado del hastío», «Verdad de la belleza» y «El abedul»—tallo de luz en fuga/entre una lenta red de mariposas—. De todos ellos pudiera sacar el lector industrioso buenos modales literarios para hacer su palabra más idónea y su gramática más exacta, que son cosas de las que anda muy necesitada la joven poesía. Y avanzando en el tema podemos remitirnos a otro texto que es, íntegro, un modo de escritura sugerente en cuya precisión se observa la calidad poética. Dice así:

*El ánade silvestre
 despliega su presencia de colores
 y se desliza en la verdad solemne
 del lago. Abren las aguas sus anillos
 azules y rodean
 la alegría del ave con un son
 casi inaudible, como si temiera
 sobresaltarle entre su terso pliegue.
 El ánade recoge el iris del ocaso,
 atiende sólo a su nadar altivo.
 Lejos de la mirada de aquel hombre,
 no puede imaginarse que es también
 una insignificante referencia de luz
 en un día sagrado del verano.*

El poema se titula «En un día sagrado del verano». Difícil será dar más en menos versos. No es cosa de entretenerse juzgando los aciertos descriptivos de su primera parte. Vayamos a la anécdota: alguien observa a un ánade que no tiene conciencia de sí mismo. ¿Y quién es ese observador?: un hombre. Es decir, «también una insignificante referencia de luz». Es todo. La traslación del significado del poema se deja al arbitrio del lector por «innecesaria». Es decir, por no poética.

Este amor a lo preciso va a seguir produciéndose de igual manera en la segunda parte del libro: «Hojas de la memoria». Nieves y soles, inviernos y lejanas tundras, nos han ido anunciando los elementos contrapuestos que se enfrentan en el ánimo del poeta. Reminiscencias submarinas y presencias emergentes, atracción por el Norte y memoria del Sur, lo helado y lo luminoso. Temas no originales y que carecerían del interés que tienen si no fuese una voz notablemente más precisa—y poética—de lo normal quien los está transmitiendo.

«Frío del Norte», «Extranjero» y «Escandinavia» son poemas logrados en la palabra y en el sentimiento. Pero Justo Jorge Padrón es, a su modo, un poeta igualmente de la visión y de la idea. Dos piezas son demostrativas de este impulso teórico: «El poeta», que es quien elige un adverso destino—el fracaso y la llama—, y aún más, «El domador», no en vano dedicado a Octavio Paz, que acaba por establecer una innegable formulación poética:

*Todos los animales del lenguaje,
 luciendo su esplendor,
 haciéndose horizonte, llama, vuelo, existencia,
 desatada belleza y poderío
 ante la azul mirada de su dueño.*

Sin domesticar el lenguaje, sin hacerlo preciso en su belleza, no existe—ni hay voluntad para ello—la verdadera poesía.